

El reputado literato Sr. D. Lope Gisbert ha tenido la bondad de honrarnos con su bien escrito romance sobre uno de los mas brillantes episodios de la historia de Lorca. Deseosos de que nuestros lectores admiren tan bella produccion y de hacer mas y mas conocidas las glorias de nuestra querida Ciudad, no hemos vacilado en retirar importantes articulos y poesias, que ya teniamos en la imprenta, para darlo todo entero á nuestros lectores seguros de que nos lo han de agradecer.

Como serian ante el romance pálidos los elogios que de él hiciésemos, á él remitimos á nuestros lectores, esperando entre tanto de la atencion del Sr. Gisbert que nos permitirá en adelante, como nos lo ha prometido, saborear alguna vez las dulzuras de su lira.

LA HAZAÑA

—

LOS CUARENTA

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LORCA

ROMANCE

PREMIADO CON LA ENGLANTINA DE ORO EN LOS JUEGOS FLORALES DE MURCIA

EL DIA 9 DE MAYO DE 1873.

I

Abul-Asbag-Ben-Mogira,
bizarro alcaide de Baza,
que guarda plaza y castillo
por su Rey el de Granada,

del muro que á oriente mira
sobre la torre más alta
está, rebosando gozo,
al despuntar la mañana.

Bien sabe el amante moñor;
que en vano tan pronto aguada
que el punto del medio día
es la hora prefijada,
y la morisca etiqueta
cuando un término señala,
ni le anticipa un instante
ni un instante le retarda.

¡Si él fuera quien ir pudiera!
¡Si su deber no le atara!
Faltando á toda etiqueta,
rompiendo reglas y usanzas,
apareciera en Seron
ántes que el alba apuntara.
Pero el Rey, que siempre teme
las cristianas asechanzas,
le veda salir ni un día
de la plaza codiciada.
Y es forzoso resignarse.
¡Dios lo quiere: el Rey lo manda!

Ya nace el sol: por los campos
su viva luz se derrama:
ya alegre rumor de vida
en la ciudad se levanta:
añafiles y timbales
con toques de guerra llaman,
y ginetes y peones
pasean calles y plazas.

Cubre la esparcida arena
dorada flor de retama,
se adornan los ajimeces
de colgaduras galanas:
arco de ramas y flores
se eleva frente al alcázar,
con sentencias del Koran
y breves versos que ensalzan
el valor de Abul-Asbag
y de su esposa las gracias;

y al pié del arco Ibn-Handis,
poeta de ilustre fama,
cercado de mil curiosos,
al compás de su guitarra,
ya populares *kasidas* (1)
ya tiernas *gazelas* (2) canta.

—

Con verlo todo el alcaide
las lentas horas engaña;
pero llega el medio día
y ¡oh, Dios! no llega Walala.
Lleno el pecho de zozobra
resuelve el ir á buscarla:
y en esto, en ráuda carrera
ve bajar por la montaña
un ginete, á cuya vista
se estremecen sus entrañas.
—«¡Mi caballo!—grita al punto,
¡que me sigan treinta lanzas!»
Y muy luego al mensajero
en medio del llano alcanza.
—«¡Mi esposa!»—clama el Alcaide;
y el nuncio, apenas el habla
pudiendo dar, le responde:
—«¡Cautiva!»—«¡Cautiva!»—exclama
Abul-Asbag.—«¡Ah, volemos,
volemos á rescatarla!»

II

Cautiva se halla en efecto
la noble y gallarda mora
que aquel día á Abul-Asbag
iba á dar mano de esposa.
De los espesos pinares
que á Fuencaliente coronan,
en un verde pradecillo,
al pié de peña fragosa
está sentada. A sus plantas

(1) Relaciones ó romances.

(2) Poesías amorosas.

dos negras esclavas lloran
 y más allá en triste grupo,
 con faz abatida y torva,
 están ó heridos ó atados
 los valientes de su escolta.
 Ella cubierta de un velo
 en ancho alquicel se emboza
 y oculta con noble orgullo
 su temor y su congoja,
 resuelta à morir, si amaga
 algun peligro á su honra
 Mas no corre riesgo alguno;
 pues los guerreros de Lorca
 que acaban de cautivarla
 todos de nobles blasonan;
 y fieros en el combate,
 benignos en la victoria,
 admiran á los valientes,
 respetan á las hermosas.

Cuarenta ilustres mancebos
 son, que ambiciosos de gloria,
 secretamente acordaron
 entrar por las tierras moras
 y hacer en ruda algarada
 la prueba de sus personas.
 A Don Diego de Guevara
 á quien la fama pregona
 por valiente y por experto
 de guerra en las duras obras,
 eligen por su adalid.
 Cada cual sale á deshora,
 se reúnen en Nogalte,
 y amparados por las sombras
 de la noche, junto à Aspilla,
 cruzan la frontera próxima,
 y llegan á Fuencaliente
 y en sus pinares se emboscan.

Alto el sol, ven asomar
 la breve y lucida tropa,

que desde Seron conduce
 á Baza la ilustre novia,
 Los rodean, los embisten,
 y tras pugna récia y corta,
 los fueron rindiendo á todos
 y uno solo escapar logra.

Recogen plingüe botin
 de armas, caballos y joyas
 y el riquísimo acidaque
 con que el padre á su hija dota:
 y antecogiendo los presos
 á la emboscada se tornan.

El uno de centinela
 se pone sobre una roca;
 otros, los más fátigados
 se recuestan en la alfombra,
 que entre lentiscos y pinos
 tiende la yerba frondosa
 y los demás repartidos
 en varios grupos razonan.
 De volver á la ciudad
 alguno dice que es hora.
 Otro opina que la empresa
 realizada es fácil cosa;
 que él salió á probar su brazo
 en trances de mayor monta,
 y hasta hallarlos y vencerlos
 jura no volver á Lorca.
 Es Don Martin de Morata
 quien así piensa: le apoyan
 otros muchos, y el caudillo
 acepta la valerosa
 opinion, diciendo:—«Amigos,
 avisado ya á estas horas
 vendrá sin duda el de Baza
 á recobrar á su esposa,
 y á nuestro nombre sería
 el no esperarle deshonra.

Esperemos, pues.»

Alegres

el gallardo acuerdo toman
y por el prado se esparcen
y para la lid se aprontan.

—

En esto grita el vigía:
—«¡Moros de Seron!»—Gozosa
aclamación le responde
que atruena la selva toda.
—«¡Los nuestros!» piensan los presos.
—¡Mi padre! exclama la mora.
Y el vigía otra vez grita
desde la empinada roca:
—«Son muchos y apriesa vienen.»
Y el Capitán—«¡Bien! Qué importa!
con cualquiera de nosotros
para veinte moros sobra.»

III

En cuatro iguales hileras
formando escuadrón lucido
á encontrar á los musulimes
van los cuarenta lorquinos,
y al frente de ellos Don Diego
en su caballo rosillo (1).
Al sol los limpios arneses
despiden reflejos vivos
y tremolan en las auras
penachos y pendoncillos.

—

Cuando van llegando cerca
ven pararse al enemigo,
y salir un hombre solo,
de paz agitando en signo

(1) El color del caballo es histórico.

un blanco lienzo.

Por orden
de Guevara, á recibirlo
avanza Pedro Navarro,
mozo sesudo y fornido.
—«El noble Ibn-Aamir, alcaide
de Seron, de quien soy hijo,
os manda salud y os dice:
devolvednos los cautivos,
lleaos como rescate
el botin que habeis cogido,
é id en paz. Nos fuera fácil
rodearos y rendiros;
pero enemigos corteses,
con hombres de vuestro brío
á lograr fácil victoria,
tratar de paz preferimos.»
Así habló el moro, y Navarro
ya por su jefe advertido,
—«Decid á Ibn-Aamir, responde,
que nosotros combatimos
por gloria y no por botin;
y que enfrente del peligro
á vivir por gracia suya
todos morir preferimos.»

Cada cual vuelve á su campo.
Los moros ronco alarido
dan al saber la respuesta
de los cristianos altivos,
y en contra de ellos se arrojan
como rauda torbellino.
Los nuestros bajan las lanzas,
se afirman en los estribos,
se cubren con los escudos,
y en las sillas recogidos
salen á escape á su encuentro.
En el espacio extendido
entre el monte y el pinar
el choque fué, y los vecinos
écos el hórrido estruendo
repiten ensordecidos.

En nube espesa de polvo.

queda el lance confundido;
 se oye el fragor de las armas
 se vé del acero el brillo,
 rugen como el bracaan
 los lillies moriscos:
 mas no se sabe quien lleva
 la ventaja en el conflicto.

Una ráfaga de viento
 al fin la nube deshizo
 y descubre á los cristianos
 formando en estrecho círculo
 la más vistosa batalla
 que vió aquel guerrero siglo.
 Ninguno de los cuarenta
 los arzones ha perdido:
 cada uno es un San Jorge;
 todos juntos un castillo
 con recio adarve de acero
 donde se estrella el continuo
 asalto, que los muslimes
 les dan en rápidos giros.

—

Don Diego, que siempre alerta
 no dió un instante al olvido,
 al lidiar como soldado,
 su deber como caudillo
 observa que va cediendo
 de los muslimes el brío;
 que algunos huyen del campo
 y que Ibn-Aamir, recogidos
 los más enteros, prepara
 un empuje decisivo.
 Conoce el experto Jefe
 que los moros son vencidos,
 y dá animoso á los suyos
 del supremo esfuerzo el grito:
 —«¡Santiago! ¡Cierra, cierra!
 ¡Lorca, Lorca! ¡San Patricio!»
 Y en rápido movimiento,
 los cristianos al oirlo,
 despléganse en larga hilera
 cual de un resorte impelidos,
 y se arrojan á los moros

sin que nadie resistirlos
ose ni pueda.

Ibn-Aamir
áun combate mal herido
con el grupo de sus deudos,
con su alférez y sus hijos.
Navarro cierra con él,
Guevara acude en su auxilio,
detiene el brazo á Navarro,
y dice á Ibn-Aamir:—«Rendíos:
ireis salvo, noble anciano;
de honor y vida sois digno.»

IV

Poco despues en el prado
donde la triste cautiva
por los fieles escuderos
que á los cuarenta servian,
mientras estos peleaban,
quedó guardada y servida,
los cristianos en redor
de su Capitan se apiñan,
y calurosos discuten
algo grave en voz sumisa.

—

Del grupo sale Don Diego,
y con noble gallardía
ante Walala doblando
en el suelo una rodilla,
le dice:—«Noble doncella,
para honrar en forma digna
de caballeros cristianos
este venturoso dia,
libre sois y libres todos
los vuestros, y vuestra rica
dote os volvemos y á todos
todo lo suyo.»—Se inclina
al acabar y del velo
de la doncella la fimbria
coge y la besa.

Em b argada
 por la emocion no podia
 ella responder y el padre
 por ella habló: — «¡Te bendiga
 Alah! — dice — pues á un padre
 de muerte y deshonor libras.
 Sabe que acepté en el campo
 á tu propuesta la vida, ¡
 sólo por verla y saber
 cual era su suerte: y fija
 la dura resolucion
 acá en mi pecho traia
 de matarla y de morir
 ántes que verla ofendida.
 Guardad las riquezas todas,
 que en buena guerra adquiridas
 son vuestras; á mi me basta
 con recibir á mi hija.»

—

Walala levanta en esto
 el velo que la cubria,
 y ruborosa descubre
 belleza tan peregrina,
 que los cristianos prorumpen
 de asombro llenos, en vivas.
 Ella, bajando los ojos,
 que Astros de luz parecian,
 y en cuyas largas pestañas
 gruesas lágrimas oscitan,
 de las llamas del pudor
 siente la faz encendida,
 y entre turbada y gozosa
 dice así, con voz suavísima:
 — «Señor, si admiré tu esfuerzo
 admiro más tu hidalguía:
 y en vano me dejas libre,
 si de nuevo me cautivas:
 pues deudas de gratitud
 en personas bien nacidas,
 más que el hierro ata los brazos,
 alma y corazon obligan.»
 Estas discretas razones
 absorto Don Diego admira,

y en torno sus caballeros
 se estrechaban por oirlas.
 Tras breve pausa la hermosa
 algo más á decir iba,
 cuando en lo alto de la roca
 suena la voz del vigía
 que anuncia moros de Baza.
 —«¡Bendito sea el cielo!—grita
 Guevara:—sin duda alguna
 vos es la Virgen propicia,
 pues hoy por tercera vez
 con el combate nos brinda.
 ¡Ea, amigos, á caballo!»

Al oírle, estremecida
 por el riesgo de su amante
 aquella mujer divina,
 delante del Capitan
 poniéndose de rodillas,
 clama:—«¡Por Dios! ¡No más sangre!
 que es ya mucha la vertida!»
 —«Vuestra voluntad es ley,
 dice Don Diego, y cumplida
 será siempre como tal
 en donde impere la mia.
 ¡No más sangre! Vamos todos
 á encontrar á Ben-Mogira.»

V

A prevenir al de Baza
 mandaron un mensajero,
 y poco despues salian
 todos juntos á su encuentro.
 El palafren de Walaia
 Don Diego lleva del diestro,
 que no quiso tal cuidado
 confiar á un escudero:
 y era de ver cuan alegre
 á la mora iba sirviendo
 aquel terrible soldado,
 aquel hidalgo soberbio,
 que no dobla la cerviz
 sino á Dios y al Rey.

Misterios

son estos del corazón
que acatamos y entendemos.

Al llegar Abul-Asbag
trae receloso el aspecto,
apenas mira á su esposa
y responde breve y seco
á las corteses razones
que le dirige Don Diego.
Guevara de mal talante
replica un tanto altanero.
Cruzan los dos la mirada,
á un tiempo fruncen el ceño,
hay un instante solemne
de pavoroso silencio. . .

.

Pero todo lo conjura
Walala: su blando ruego
es como en cielo nublado
benigno soplo de viento.
¡Bendita la mujer sea!
¡Bendito su dulce imperio!
¡Sin ella, el hombre no es hombre!
¡Sin ella, el mundo es un yermo!

Confuso el moro, á Guevara
dice:—«Capitan, comprendo
que falté á la cortesía,
y ¡por Alah! que lo siento,
Mas si con esta mi excusa
no te das por satisfecho,
á abonar mis imprudencias
siempre está pronto mi acero.»
«—¡No más!—exclama Guevara:
id con Dios, y pues sois dueño
de tan discreta hermosura,
que os colme de dicha el cielo!»

Al despedirse Ibn-Aamir,
quitando el dorado freno
del palafren de su hija,
lo dá à Guevara en recuerdo.
Walala, de su tocado
rico almaizar desprendiendo,
se le dá tambien, y al noble
Morata, que fué el primero (1)
que habló en su favor, la joya
que lleva prendida al pecho.
A los demás Ibn-Aamir
y Abul-Asbag, compitiendo
en gusto y esplendidez,
armas y joyeles dieron.

En la iglesia de las Huestas 17
se ha visro por largo tiempo
el freno de azul y oro
que el insigne caballero
à la Virgen su patrona
ofreció como trofeo.
Y porque nunca se pierda
la memoria de estos hechos
los mandó Lorca pintar
en dos magníficos lienzos,
que se conservan hoy dia
en su Lonja y en su templo.

VI

Despues del suceso insigne
¡cuán trocado está Guevara!
¡A todo trato se reba;
es áspero con las damas,
van sus ojos apagándose,
va encaneciendo su barba!
Huyendo todo regalo,
sus arreos son las armas,
su descanso el pelear,
el duro suelo su cama.

(1) Este Morata se llamaba D. Tomás y era hermano de D. Martín.

Al gran Marqués de los Velez.
sigue en todas sus campañas,
y siempre su escudo blanco,
partido de negra banda,
en lo más récio y trabado
se encuentra de las batallas.
Cuando no hay guerras en Lorca,
se vá á otra parte á buscarlas:
pero se observa que evita
las empresas contra Baza.
Y cuando murió lidiando
en aquella noche infausta
en que entrò á Benamaurel
Aben-Ozmin de Granada,
le encontraron sobre el pecho,
bajo la cota de malla,
todo bañado en su sangre
el alnaizar de Walala.

LOPE GISBERT.

APUNTES SOBRE EL ESTADO DE LA MUGER

EN EL PERIODO HISTORICO DE LA EDAD MEDIA.

Si al escritor le fuese dado poseer la varilla del mágico y convertir con ella la ilusion en realidad profundizando el pasado como el oscuro é incierto porvenir y evocando generaciones que ya no son examinar con los ojos del cuerpo lo que los del espíritu contemplan extasiados en el gran libro de la historia, reconstruiríamos á vista de nuestros lectores el antiguo castillo de la edad media con sus altivos torreones y sus vigilantes centinelas, con sus profundos fosos y su puente levadizo; entraríamos en sus salas espaciosas y á favor de la débil claridad que penetra por los cristales de colores de sus góticas ventanas distinguiríamos caprichosos adornos en los que contrasta la severidad de las formas con la riqueza de la materia; atravesaríamos después dilatados corredores, cuyo silencio solo interrumpe el ruido

que producen la espuelas de oro del señor; pasaríamos al hogar donde el monje depositario del saber, se halla rodeado de la familia hospitalaria ya exponiendo las sublimes enseñanzas del Calvario, ya narrando los hechos maravillosos de los heroes y de los santos; ó bien el viento zumbando en los altos ajimeces traería á nuestro oído las armoniosas y sentimentales cadencias arrancadas al laud del galante trovador. Tal es lo que ha sucedido al paso de las *razas de hierro* impulsadas por el sopio del Eterno. El fiero salvaje del Norte ha cesado de plantar sus tiendas de un día en el camino de Roma; ha cesado de sentir aquella voz misteriosa que le impulsaba á castigar al viejo imperio; se ha fabricado moradas eternas dejando nacer la yerba donde pisa su caballo y una nueva generacion ha sustituido á la antigua.

¿Qué poder extraordinario ha subyugado las indomables razas de Clodoveo y Alarico? ¿Qué palabra misteriosa ha sido bastante fuerte para oponerse á la fuerza de Dios? El poder y la palabra de un anciano que con el báculo de pastor hace retroceder á Atila á las puertas de Roma en nombre del Dios que humilla á los soberbios; la palabra eficaz de un sacerdote que subyuga al Hano, ante los muros de Troyes en nombre del Dios que exalta á los humildes; el poder y la palabra de Genoveva, pastora de Nauterre, que con una cruz de madera en la mano hace desviarse á los bárbaros del camino de Paris en nombre del Señor del universo. El bárbaro no humillado en el Capitolio, dobla su rodilla ante la roca del Calvario y una nueva sociedad elaborada lentamente en la edad media brotará de los escombros de que le ha precedido.

Más el gran palacio de la civilizacion debe ante todo elaborarse por los cimientos y la familia, base de la sociedad, ocupa preferentemente la atencion de la Iglesia, obrero divino á quien Dios habia encomendado tan grande obra, y el grito de libertad que hombres tan inertes como impávidos hicieron resonar ante los alcázares de los poderosos, se repitió á su vez en lo mas escondido del hogar y la mujer vió rotas las cadenas que la unían al yugo despótico de su señor y de sierva, se encontró señora y de esclava, se convirtió en la más influyente compañera del hombre.

Antes de examinar através de la edad media esta transformacion obrada por el Cristianismo nos permitiremos algunas líneas sobre el estado de la mujer en la sociedad antigua.

Al aparecer sobre la tierra la compañera del hombre ya lo hace teniendo un influjo decisivo en los destinos de este. Si aquella dejándose llevar por la pasion se degrada y envilece, la humanidad marcha de precipicio en precipicio á su inevitable ruina; si por el contrario la mujer atendiendo á la grandeza de su origen sabe llevar con dignidad la corona de virtudes con que

el Criador orlara su casta frente, la humanidad también elevándose sobre sus pasiones marchará por la senda del deber, cumpliendo satisfactoriamente su misión providencial porque la mujer ejerciendo un predominio legítimo en el corazón del hombre es el termómetro que en su grandeza o decadencia marca la grandeza ó la decadencia de las costumbres.

Si interrogásemos a la historia, si reconstruimos una por una las antiguas civilizaciones y preguntásemos á sus más ilustres legisladores, todo conspira para demostrar que allí donde no ha llegado en la sociedad el influjo de la mujer ha sido necesario reglamentar los vicios en el hombre.

Grecia y Roma, que de una manera especial representan en épocas diferentes la civilización del mundo antiguo solo ofrecen ignominia y degradación en las costumbres como ignominia y degradación existe en la mujer. ¿Cuál es el lugar que á esta se ha reservado en la sociedad Ateniense? «¡Ay!, escribe Sófo de las damas de Atenas, no han cogido las rosas de las Musas, lo cual hace que no se hable de ellas en la vida y que sean olvidadas después de la muerte; pasaran de la *oscuridad* de su estado á la *nada* de su sepulcro, semejantes á fantasmas que andan errantes por la noche, y que se desvanecen con la aurora.» «La vida del hombre, exclama Higiená al sacrificarse por Ulises, es más preciosa que la de varias mujeres.» Nadie ignora tampoco que la mujer fue vendida á vil precio como instrumento de placer y aun esto también tuvo su época, llegando un día en que ostentase en su dedo un nombre la estatus de Júpiter Olímpico, á quien cien y cien generaciones cubiertas de baldon adoraron cuando debieron pulverizarla.

Mas al buscar la causa de tanta degradación Enripídes se adelanta para decir «¿Cómo ha de conservarse la castidad y la virtud en una doncella acostumbrada á mezclarse en los ejercicios de la lucha con mancebos sin otro vestido que una certa y flotante túnica?»

(Se continuará.)

J. M. CAMPOY.

